

# Flashback 15M: las raíces socioculturales de la **política callejera** en España

El objetivo de esta comunicación será, con el fin de aproximarnos al 15M, poner en relación de forma telegráfica tres dimensiones que, a mi juicio, nos podrían ayudar a discernir algunos elementos analíticos. En primer lugar situar este movimiento social dentro del campo de juego que abre la denominada “política callejera” (Ealham, 2005), es decir, las prácticas de acción colectiva que toman como escenario central la propia reproducción social de la ciudad entendida como un territorio de conflicto donde se producen distintas polaridades políticas. En este sentido, se trataría de conectar esta política callejera y sus diferentes plasmaciones locales con el “derecho de la ciudad” y el reclamo de la propia urbe “para la lucha anticapitalista” (Harvey, 2013). En segundo lugar dar cuenta de cómo esta clase de prácticas políticas de la ciudad retroalimentan, a su vez, procesos de subjetivación política, entendiendo por “sujeto” y “proceso de subjetividad” los aportes formulados por Michel Foucault, François Laplantine y Bernard Lahire. En tercer y último lugar, abocetar un brevísimo recorrido diacrónico por algunas prácticas políticas callejeras en España a lo largo del siglo XX.

..

**Ernesto García López**

*Universidad Autónoma de Madrid*

La ciencia social que *nosotros* queremos practicar es una *ciencia de la realidad* (*Wirklichkeitswissenschaft*). Queremos comprender la vida que nos rodea, en la que estamos insertos, en su *singularidad*, es decir, queremos comprender, por un lado, la organización y el *significado cultural* de sus fenómenos concretos en su forma actual; y por otro, los motivos por los que históricamente han-llegado-a-ser-así-y-no-de-otra-manera.

Max Weber

## I. Introducción: #planosecuencia

Cortometraje. Las calles arden. Las ciudades se conectan por medio de la indignación de las gentes. No se trata del ruido de las antorchas y las banderas rojas (o sí), ni del internacionalismo de viejo cuño liderado por vanguardias revolucionarias. Más bien parecen formas urbanas emergentes<sup>1</sup> que rechazan unas veces las dinámicas de las propias élites locales y otras los dictados de una crisis mundializada que ha estallado en el corazón de Wall Street, la City londinense o los pasillos funcionariales de Bruselas. ¿Una nueva etapa en la “globalización de las resistencias”? (Amin y Houtart, 2003). Todo podría haber comenzado el 15 de noviembre de 2008 ante el Alþingishús (sede del Parlamento de Islandia) en Reikiavik. Un puñado de personas sentadas bajo el frío (entre 3.000 y 6.000, casi un 2% del total de la población) exigen responsabilidades por el crack financiero del país blandiendo peligrosas cacerolas. Arranca una revolución social, silenciada en el resto de Europa, que transitará de las protestas, el cambio de gobierno, la conformación de forums ciudadanos, la apertura de un proceso constituyente, la celebración de referéndums sobre la deuda de los bancos hasta llegar a la celebración de un juicio al Primer Ministro. 25 de enero de 2011. Plaza de la Liberación o plaza Tahrir (en árabe: ميدان التحرير, transcrito mydān āt-taḥrīr). Quince mil manifestantes ocupan el mayor espacio público del centro de El Cairo. Arranca una revolución que finiquita la dictadura de Hosni Mubarak (quien es encarcelado) y obliga a transformar, de forma substantiva, el devenir político de Egipto. Las imágenes de la refriega callejera y la represión gubernamental constituyen uno de los clímax visuales de las llamadas “Revoluciones Árabes” (Túnez, Libia, Siria, en menor medida Marruecos). 15 de mayo de 2011. Puerta del Sol. Madrid. Tras una manifestación convocada por varios colectivos y a través de las redes sociales empieza la #acampadasol y con ella un ciclo y un repertorio de protestas (Tarrow, 2011) que todavía hoy sacuden los cimientos de la vida política española. Asambleas Populares, Mareas Ciudadanas, *okupación* de edificios, creación de centros sociales autogestionarios, escraches a políticos en los distritos acomodados de la capital, paralización de desahucios, llamadas a emprender un nuevo

---

1 Soy consciente de lo escurridizo del término “emergente”, así como de la dificultad para establecer sus límites a la hora de aplicarlo a un objeto/sujeto social. No obstante, de manera provisional y a falta de una mejor conceptualización, suscribo la visión que Raymond Williams hiciera: “Lo emergente «abarca tanto los nuevos significados y valores, nuevas éticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones que se crean continuamente, como aquellos elementos que son alternativos o de oposición” (2000: 145)

proceso constituyente, *Toque a Bankia*<sup>2</sup>, activismos, cooperativas integrales, manifestaciones multitudinarias por las principales vías de los centros urbanos, y algunos cercos al Congreso de los Diputados custodiado las veinticuatro horas del día por las Unidades de Intervención Policial (los más conocidos como “antidisturbios”). Acaba de nacer el 15M, un nuevo “espacio de movilización” según Ángel Calle (en Cruells e Ibarra, 2013: 8). 17 de septiembre de 2011. Inspirados por el ejemplo de la Puerta del Sol (Lawrence, 2013) miles de neoyorkinos se lanzan Broadway abajo a ocupar Wall Street, acampan o, más bien, son empujados a hacerlo en Zuccotti Park en el Lower Manhattan. Se origina el movimiento *#occupywallstreet* que tendrá vertiginosas ramificaciones por diferentes ciudades de Estados Unidos, Reino Unido y Europa. Las redes sociales *retwittean*. Los intercambios se multiplican, los semilleros activistas germinan. Desde los tiempos de Seattle o la madrugada de los Foros Sociales Mundiales no sé recuerda nada igual. Y entonces la “Primavera Turca” en la plaza Taskim de Estambul, las movilizaciones de *Que se lixe a Troika*<sup>3</sup> en Lisboa, el recuerdo de la plaza Syntagma en Atenas, las protestas ante las sucursales bancarias de Nicosia (Chipre) en contra del “corralito” decretado por la Unión Europea, y las recientes movilizaciones masivas de los indignados en las conurbaciones de Brasil (Río de Janeiro, São Paulo y Brasilia a la cabeza) con motivo, como primera mecha del incendio social, del aumento del coste del transporte público... y antes las luchas estudiantiles en Santiago de Chile desde 2011 a 2013, los disturbios de las periferias racializadas del *South London*, las *banlieues* parisinas, las áreas del sur de la ciudad de Estocolmo como Hagsätra, Skogås o Rågsved, las protestas en Moscú contra el autoritarismo de Putin... un complejo mundo urbano en estado de ebullición.

El objetivo de esta comunicación será, con el fin de aproximarnos al 15M, poner en relación de forma telegráfica tres dimensiones que, a mi juicio, nos podrían ayudar a discernir algunos elementos analíticos.

En primer lugar situar este movimiento social dentro del campo de juego que abre la denominada “política callejera” (Ealham, 2005), es decir, las prácticas de acción colectiva<sup>4</sup> que toman como escenario central la propia reproducción social de la ciudad entendida

---

2 Tomado de enlace: <http://toqueabankia.net/> (Consultado en 24 de junio de 2013).

3 “Que se joda la Troika”. Tomado de enlace: <http://queselixeatroika15setembro.blogspot.com.es/> (Consultado en 24 de junio de 2013).

4 Por “acción colectiva” entiendo el concepto emanado de diferentes aportaciones hechas por sociólogos como Alain Touraine, Alberto Melucci, Manuel Castells, Donatella della Porta, Mario Diani, etc., pero en el caso que nos ocupa me parece interesante situar en diálogo y contraposición a la perspectiva ofrecida por Sidney G. Tarrow para quién “[...] la acción colectiva surge en respuesta a los cambios en las oportunidades y restricciones políticas, y sus participantes responden a una variedad de incentivos: materiales e ideológicos, partidistas y grupales, prolongados y episódicos. Las personas que poseen limitados recursos pueden actuar colectivamente, aunque sea de forma esporádica, aprovechando esas oportunidades mediante repertorios de acción conocidos. Cuando estas acciones se basan en redes sociales compactas y estructuradas de conexión eficaces y utilizan marcos culturales consensuados orientados a la acción, podrán mantener su oposición en conflictos con adversarios poderosos. En estos casos – y sólo en estos casos- estamos en presencia de un movimiento social; cuando la acción colectiva se extiende por una sociedad entera, como a veces ocurre, tenemos un ciclo de acción colectiva; cuando dicho ciclo está organizado alrededor de soberanías opuestas o múltiples, el resultado es una revolución. [...] Las soluciones al problema de la acción colectiva dependen del entendimiento mutuo, de las redes sociales y las estructuras de conexión y del uso de formas de acción con resonancia cultural” (2012: 47).

como un territorio de conflicto donde se producen distintas polaridades políticas. En este sentido, se trataría de conectar esta política callejera y sus diferentes plasmaciones locales con el “derecho de la ciudad” y el reclamo de la propia urbe “para la lucha anticapitalista” (Harvey, 2013).

En segundo lugar dar cuenta de cómo esta clase de prácticas políticas de la ciudad retroalimentan, a su vez, procesos de subjetivación política, entendiendo por “sujeto” y “proceso de subjetividad” los aportes formulados por Michel Foucault, François Laplantine y Bernard Lahire. Parto, sobre todo, de la conceptualización de “sujeto” que nos ofrece Laplantine (2010) así como de la noción de “actor plural” que desarrolla Lahire (2004). En ambos casos, los procesos de subjetivación remiten a enfoques no individualistas del sujeto, a una multiplicidad constituyente del *self*, a procesos históricos de dominación y agencia social, a procesos corporales emocionales de acuerdo con las aportaciones de la teoría feminista y, como uno de sus aportes, los enfoques antropológicos de Mari Luz Esteban (2011), al conjunto de prácticas materiales, relacionales, intersubjetivas y de desbordamiento(s) de esa falsa antinomia cartesiana entre “sujeto de conocimiento” y “sujeto de la acción” que impugnara hace tiempo Pierre Bourdieu (2010). En resumen, tratar de “aprehender la irreductible articulación múltiple de la política de movimiento desde la libertad constituyente de sus singularidades” en términos de Raimundo Viejo (en Fernández de Rota, 2008) y que guarda también una estrecha interdependencia con la denominada “economía libidinal de los movimientos sociales” (Della Porta, 201: 35).

En tercer y último lugar, abocetar un brevísimo recorrido diacrónico por algunas prácticas políticas callejeras en España a lo largo del siglo XX (especialmente en sus grandes áreas metropolitanas: Madrid y Barcelona), no tanto con el ánimo cientifista de establecer regularidades y/o generalizaciones en el cambio social, ni de adscribirnos a las retóricas comparativistas de la etnografía (González Echeverría, 1990), tampoco con la pulsión impostada de presuponer de forma mecánica en ellas un embrión histórico del 15M; sino más bien con la intención de ayudar a repensar nuestro presente a partir del reconocimiento de otros casos singulares pasados en su propia singularidad, en otras palabras, aquello que Jean-Claude Passeron denominaba “indexación móvil” o “individualidades históricas” (2011: 151).

Pero antes de emprender este recorrido ampliemos algunos de los conceptos filmados en este plano secuencia inaugural...

El “derecho a la ciudad” fue un concepto propuesto por Henri Lefebvre en 1967 dentro de lo que, más adelante, supondría su visión de la sociedad urbana como una sociedad planetaria (1972). Su principal significado radicaba en el derecho a la propia producción del espacio, o sea, la posibilidad que los distintos grupos sociales tienen de irrumpir en el espacio urbano y producir “heterotopías”, de ahí el potencial revolucionario de los movimientos sociales urbanos. En el caso que nos ocupa el uso que voy a dar a este concepto tiene más que ver con la relectura que el geógrafo británico David Harvey (2013) ha realizado de las tesis lefebvrianas. En tal sentido, “lo urbano” o, mejor dicho, la “suburbanización” constituiría un conjunto de procesos de acumulación de excedentes y de fuerza de trabajo que opera por desposesión y violencia, al mismo tiempo que como dinámica de disciplinamiento de la clase obrera. Es por ello que Harvey plantea el “derecho a la ciudad” como una suerte de alianza(s) de las luchas urbanas que persiguen el control democrático sobre la aplicación a la urbanización de los excedentes. Es decir, entender la política del derecho a la ciudad como un ámbito relevante de acción y rebelión contra el capital, que facilite la redefinición del territorio como un espacio para la lucha de clases. De

ahí que utilice la imagen de “ciudades rebeldes” y se formule las siguientes preguntas: “¿deberían considerarse fundamentales para la política anticapitalista las luchas en y sobre la ciudad, y sobre las cualidades y perspectivas de la vida urbana?” (2013: 177), “¿por qué no se puede convertir «el derecho a la ciudad» en un eslogan movilizador clave para la lucha anticapitalista? Su respuesta a la primera pregunta es, obviamente, afirmativa, mientras que a la segunda propone argumentar del siguiente modo:

Hay que derrocar y remplazar la totalidad del sistema capitalista de acumulación perpetua, junto con sus estructuras asociadas de clase explotadora y poder estatal. La reivindicación del derecho a la ciudad es una estación intermedia en la ruta hacia ese objetivo. Nunca puede ser un objetivo en sí misma, aunque cada vez más parezca una de las vías más propicias a seguir (2013: 16) [...] Por esa razón el derecho a la ciudad tiene que plantearse, no como un derecho a lo que ya existe, sino como un derecho a reconstruir y recrear la ciudad como un cuerpo político socialista con una imagen totalmente diferente que erradique la pobreza y la desigualdad social y que cure las heridas de la desastrosa degradación medioambiental. Para que esto suceda habrá que interrumpir la producción de las formas destructivas de urbanización que facilitan la perpetua acumulación de capital (Harvey, 2013: 202)

Tomados estos asertos como posibilidad, propongo que contemplemos el fenómeno del 15M y otras prácticas políticas callejeras singulares en España como diferentes muestras en el tiempo de este “derecho a la ciudad” (tal y como veremos a continuación), inmersas en una cierta “política del espacio” tal cual ha sido codificada por antropólogos como June Nash, Molly Doane, Max Kirsch y Renée Sylvain (en Nash, 2005) en el ámbito anglosajón, o Carles Feixa y Jordi Nofre (2013 y 2011) en el ámbito español.

Otro elemento más. Una de las claves del llamado “paradigma constructivista en el estudio de los movimientos sociales”<sup>5</sup> radica en la consideración sistémica, sociocultural, de los propios movimientos sociales. Conviene realizar un primer plano: la necesidad de prestar una especial atención a las dimensiones simbólicas, de perspectiva cognitiva y de producción de “mundos sociales” (Becker, 1999) que albergan en su seno. ¿Pero a qué me estoy refiriendo exactamente? Pues a lo que Doug McAdam (2001: 43-67) denomina “marcos de referencia” entendidos como actos de apropiación cultural. La expansión de las “oportunidades culturales” como estímulo para la acción; el conjunto de “contradicciones ideológicas y culturales” que se producen en el seno de los movimientos sociales, es decir, la tensión entre las “prácticas sociales convencionales” y los valores culturales defendidos por estos movimientos; las “reivindicaciones de rápido desarrollo” que constituyen “acontecimientos dramáticos, extensamente divulgados y generalmente no esperados [...] que sirven para dramatizar, y en consecuencia aumentar, la conciencia y oposición públicas respecto a unas condiciones sociales que hasta entonces eran aceptadas” (Idem, 2001: 48); las “dramatizaciones” de la vulnerabilidad de los oponentes políticos; la disponibilidad de “marcos dominantes de protesta” que legitiman la acción colectiva; y el papel de las

---

5 Una aproximación constructivista a los movimientos sociales debería destacar la relación entre movimientos sociales y procesos de cambio social, asumiendo “la naturaleza de estos fenómenos como agencias de significación colectiva y sistemas de acción simbólica, que difunden nuevas ideas en la sociedad y muestran formas alternativas de participar en ella”, y “entender su capacidad no sólo para producir conflictos sino también orden, nuevas definiciones de la situación de los actores y sus derechos, es decir: el elemento normativo emergente de los movimientos sociales que explica la importancia de los marcos de injusticia en la formación de los movimientos” (Laraña, 1999: 126).

“subculturas activistas”, de los distintos repertorios culturales de larga duración en la formación de los movimientos.

Todas esas implicaciones nos ponen sobre aviso en torno al papel que los movimientos sociales en general y urbanos en particular tienen en la conformación de “subjetividades emergentes” en el plano político (*emerging subjectivities*), tal y como han apuntado los etnógrafos Jeffrey S. Juris y Alex Khasnabish (2013). Ahora bien, ¿qué entendemos por «sujeto político» y por «subjetividad»? En lo tocante a esta comunicación, me gustaría sumarme a dos aproximaciones que vienen a sintetizar el visor desde el que me acerco cinematográficamente (si se me permite proseguir con la metáfora) a las experiencias históricas que daré cuenta a continuación, a saber:

En términos muy generales, yo diría que la subjetividad se define por la relación intencional y la conciencia. Y que el estudio de la subjetividad es el estudio de los puntos de vista o las posiciones adoptadas por el individuo con respecto a realidades del mundo, así como de los modos en que es afectado el individuo por esas realidades. Estas dimensiones (conceptos, valores, afectos) son las que hacen de un individuo un sujeto. Por lo demás, sólo se puede constituir como tal, sólo toma posiciones respecto del mundo y es afectado por éste, sólo tiene un mundo, en cuanto que, y porque hay otros sujetos (individuos, colectivos u otras instancias sociales). El sujeto se constituye en y por los vínculos. (Pazos, 2005: 9)

El sujeto político se perfila hoy en el paso de los dispositivos de poder que nos modelan (a veces disimuladamente, con prescripciones morales en beneficio de las familias) a las modulaciones de sí mismo. Recupera —o más a menudo descubre— el sentido de lo colectivo, porque en la singularidad concreta del sujeto hay algo universal (y no general) y algo común (que no es necesariamente comunitarista). (Laplantine, 2010: 40).

En resumen, un sujeto que se inscribe intersticialmente entre los diferentes dispositivos de “biopoder” que incorpora (Foucault, 2007) y su capacidad para transgredirlos, modificarlos y rebelarse. Un reproductor social y al mismo tiempo un forjador de grietas en los sistemas de dominación y explicación totalizadores.

## II. #zoom15m

Los movimientos sociales se caracterizan por constituirse en “procesos sociales diferenciados consistentes en mecanismos a través de los cuales actores comprometidos en la acción: se involucran en relaciones conflictivas con oponentes claramente identificados; se vinculan en densas redes informales; y comparten una identidad colectiva diferenciada” (Della Porta y Diani, 2011: 43). Siguiendo esta senda el 15M, con independencia de las muchas peculiaridades que comporta y en contraste con la tesis mediática sobre su total espontaneidad y liquidez, constituye a mi juicio un ejemplo de ello (al mismo tiempo que una atmósfera de movilización) donde se pueden rastrear algunos de esos atributos. Implica “acción colectiva conflictiva” desde el mismo momento que apuesta por la desobediencia civil (“No pagamos, no debemos”), por el rechazo a las políticas institucionales de ajuste (“No somos mercancía en manos de políticos y banqueros”), por el bloqueo de las medidas represivas impuestas por las diferentes administraciones de turno, se muestra opositor a un estatuto de poder en torno al espacio público (“Toma la plaza”, “Toma los barrios”), formula demandas en sentido contrario a las adoptadas por las instituciones (“Llenemos las prisiones de banqueros ladrones”), disputa la arena simbólica y cultural por medio de un frente de contra-narrativas sociales (“Las ideas también son armas”, “Solo los peces

muertos siguen la corriente”, “No soy anti-sistema, el sistema es anti-yo”), y visualiza oponentes en referencia a un cambio sistémico (“Políticos: somos vuestros jefes y os estamos haciendo un ERE”, “El capitalismo te necesita, pero tú no necesitas al capitalismo”). Igualmente operan en él “densas redes informales” que van desde los simples grupos de afinidad hasta las asambleas de barrio, pasando por grupos de trabajo, comisiones, encuentros asamblearios interbarriales, mareas, coordinadoras y plataformas, redes en *twitter*, *facebook*, *N-1*, listas de correo electrónico, blogs... Un sinfín de circuitos experienciales y virtuales por donde se transfieren, habitan e intercambian recursos, capacidades y saberes orientados a la participación política y la movilización colectiva. Al mismo tiempo y, por encima de la autonomía casi total de cada uno de sus nodos respecto del conjunto así como el rechazo a ser catalogados según los marbetes tradicionales de la izquierda, sobrevuela una cierta «identidad colectiva» (“Éramos invisibles, ¡ahora somos reflectantes!”) multidimensional que produce solidaridades diferentes entre sus miembros.

Contemplado desde la óptica que proponemos en esta comunicación-cortometraje, el 15M perfila algunos rostros singulares. Como política del derecho a la ciudad las acampadas y posteriormente asambleas populares de barrio han significado, entre otras cosas, lo que los antropólogos Alberto Corsín y Adolfo Estalella catalogan como “el ritmo urbano de una política de la experimentación” (en Cruells e Ibarra, 2013: 61), o lo que Carles Feixa denomina “la ciudad campamento”, “la ciudad contestataria”, la “ciudad indignamente educadora” (en Trilla, 2011). Estas asambleas parecen haber permitido imaginar y practicar una ciudad distinta, desplegando una práctica del espacio público innovadora a través de la transformación de ellas mismas en “objetos urbanos experimentales” (Idem; 2013: 62). Desde sus grupos de trabajo, comisiones y encuentros semanales se han promovido la *okupación* de edificios y solares públicos abandonados, la articulación de agrupaciones de inquilinos, la generación de centros sociales autogestionarios, la paralización de desahucios, el fortalecimiento de redes de autoayuda y lazos comunitarios, la creación de ciertos servicios de proximidad (como los comedores populares) capaces de responder a situaciones de emergencia social, la defensa legal y económica mediante cajas de resistencia e iniciativas de *crowdfunding* con el fin de responder a los instrumentos represivos del Estado, las propuestas locales de economías y monedas locales, la puesta en marcha de huertos colectivos donde acomodar una lectura ecológica de la ciudad, la resignificación simbólica de algunas señalizaciones llevando a cabo una narrativa-otra del espacio diario (como ha ocurrido recientemente en Madrid con la parada de metro “Vodafone Sol” rebautizada, clandestinamente, como “Acampadasol”). Se han recuperado, además, para el uso político las plazas mismas sometidas en los centros turísticos de las ciudades a un proceso intensivo de mercantilización. Incluso en algunas asambleas del 15M, como por ejemplo la del barrio de Lavapiés en Madrid, se han diseñado estrategias y discursos de resistencia contra la securitización y gentrificación del espacio urbano orientadas a debilitar las formas de autoorganización popular. Todas estas prácticas se han apoyado, entre otros elementos, en tecnologías asamblearias horizontales e inclusivas, adoptando como principios las dimensiones de cuidado, espontaneidad y noviolencia.

Como no podría ser de otro modo, todo esto ha contribuido a fecundar procesos de subjetivación política y mecanismos de reproducción social de la vida cotidiana. Una suerte de micropolítica o aquello que el historiador E.P. Thompson (2012) denominara “economía moral de la multitud”. Una renovación del lenguaje y la gramática activista. Un reverdecimiento de las relaciones de vecindad. En el 15M nos encontramos cierta sensación de “cobijo y familiaridad” (de acuerdo a la expresión utilizada por una militante dentro de un

grupo de discusión realizado con activistas de distintos espacios de organización social en Madrid con motivo de mi tesis doctoral), así como una “conexión del discurso y propuestas del movimiento con sistemas de creencias relevantes en el entorno social; en consecuencia, el inicio de un proceso de legitimación social [...]” (Cruells e Ibarra, 2013: 7). Y esta legitimación encuentra algunas vías abiertas donde canalizarse. Dos de ellas serían, a mi juicio, muy relevantes. Por un lado el rescate de la “democracia” y la “política” con mayúsculas (Ovejero, 2013) respecto de la cooptación, la nacionalización y la profesionalización ejercida por parte de los partidos políticos (la persona entendida como «sujeto político» en vez de mero consumidor-votante pasivo). Por otro, la ruptura con la “cultura política de la Transición” (Martínez, 2011) y el monopolio de la construcción simbólica de la realidad por parte de las élites. Estas dos vías vendrían a reconfigurar, junto a otras, el modo de producir mundos sociales y experiencias políticas. La primera supone la vertebración en España de una cierta insurgencia ciudadana dirigida al rescate de la política por medio de una “desterritorialización” de la misma (Laraña y Díez, 2012). Los llamados “indignados” serían, independientemente de su lugar físico habitacional, todos “aquellos cuyos principios coinciden con la crítica al neoliberalismo y luchan por establecer una ciudadanía plena, donde el buen vivir suponga el despliegue de las facultades humanas y la dignidad” (Roitman, 2012: 64).

Se trata de rescatar la política, vestirla de gala, devolverle su identidad: el ser una acción social colectiva destinada a lograr el bien común, cuyos protagonistas son ciudadanos con poder para tomar decisiones y construir futuro. En esta propuesta se reconocen los movimientos políticos y sociales de última generación. Unos solicitando el fin de regímenes autocráticos, caudillistas o personalistas, como en Marruecos, Túnez, Egipto o Siria, y otros, luchando por revertir las consecuencias del neoliberalismo, en España, Francia, Grecia, Gran Bretaña, Portugal, Islandia y la mayoría de los países de Europa occidental. Sin olvidarnos de aquellos países que en América Latina han emprendido un camino paralelo, Cuba, Bolivia, Ecuador o Venezuela, y otros como en Chile, cuna del moderno sistema neoliberal, enfrentada una desigual lucha por recuperar su memoria histórica, en media de una amnesia colectiva. (Idem, 2012: 36).

La segunda implica un “desbordamiento cultural” que, de facto, impugna ciertos marcos cognitivos sobre la vida social, postulando una mayor centralidad de las dimensiones procomunales y de radicalidad democrática, frente a las retóricas dominantes de repliegue hacia lo individual que habrían caracterizado al periodo sociopolítico anterior al 15M. En otras (y mejores) palabras:

En ese ámbito, el movimiento 15M puede ser entendido como un fuerte impulso a las tendencias democratizadoras de la producción del sentido que la aparición de nuevas formas de comunicación y relación social ha propiciado en las últimas décadas, amenazando a las élites que pretenden detentar el monopolio de la construcción simbólica de la realidad. [...] El hecho de que en las plazas no sólo se haya protestado o reclamado el derecho a intervenir en la esfera pública, sino que de hecho se hayan creado estructuras y lazos comunitarios capaces de sustentar la reproducción social de la vida cotidiana, muestra ya la conexión inherente de estos movimientos con la lógica del procomún. (Moreno-Caballud, 2013: 105-106, 125-126)

Pero prosigamos con el cortometraje. Visionemos algunas prácticas y experiencias políticas callejeras en España a lo largo del siglo XX...

### III. #flashbackuno.

Barcelona. Años 1930 y 1931. La “ciudad proletaria” (Ealham, 2005) se despliega como resultado de un largo proceso de confrontación desde principios de siglo frente a la “ciudad burguesa”. Se trata de la dualización del espacio urbano. La naciente República no es capaz de dar respuesta, con la velocidad requerida, a los desafíos, necesidades y demandas de las poblaciones oprimidas. Entre otras fuerzas sociales la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), de inspiración anarquista, protagoniza buena parte de la vida obrera. Es el periodo de ebullición de los “barris”, de la “acción directa” que más adelante se transustanciará en una poderosa experiencia de autogestión y colectivización durante la Guerra Civil (Mintz, 2008). Son los tiempos de la “gimnasia revolucionaria”. Poblenou, Raval, Poble Sec, Sants, Sant Andreu, Barceloneta. Espacios todos ellos habitados en su mayoría por una clase trabajadora no cualificada, inmigrante y con contratos eventuales. Características: *cases barates*, inhabilitad, desigualdad y discriminación, altos costes de vivienda, comida, y como soportes productivos las actividades industriales basadas en el textil y la construcción. Pero en medio de esas difíciles condiciones surge un incipiente urbanismo proletario, una “revolución interior” (Navarro, 2010) basada en una amplia labor pedagógica, en otras palabras, un modo distinto de habitar la ciudad, de practicarla en términos políticos y subjetivos. Es la constitución de un orden cultural y pragmático propio: mutualidades, iniciativas de apoyo mutuo, construcción de redes comunitarias “desde abajo” (como guarderías, bares, bibliotecas), surgimiento de los ateneos libertarios, elaboración de periódicos y publicaciones literarias, construcción de una sólida identidad y una sociabilidad obrera (entre migrantes y no migrantes) que da lugar a prácticas de economía informal, venta ambulante, y la calle convertida en un espacio social intensivo donde se combinan el ocio, las emociones, los cuerpos, la solidaridad y la protesta.

Surgen aquí diferentes “estrategias de autoayuda y acción directa de los desempleados” (Ealham, 2005) que se apoyan en una *sui generis* política del derecho a la ciudad. Destacemos sólo tres de ellas. Una, la transgresión de la ley (incautaciones de alimentos, pequeños hurtos, “comer sin pagar”, robos a mano armada). “Las prácticas ilegales de los parados estaban tan incrustadas en las relaciones de propiedad de la Barcelona de la década de 1930 que resulta difícil ocultar su pronunciado carácter clasista. En la mayoría de los casos, los desempleados dirigían sus estrategias de autoayuda contra las clases medias y altas, verdaderos dueños de la riqueza de la ciudad.” (Idem, 2005: 176). Dos, las huelgas de inquilinos donde muchos obreros ganaban experiencia sobre el proceso decisorio comunitario y la democracia de base, a través de asambleas populares (los huelguistas cambiaban opiniones sobre los problemas del barrio), la lucha contra los desahucios, la ocupación ilegal de pisos y reinstalación de los desahuciados, las marchas colectivas a los hogares de los caseros para señalarlos públicamente y exigir el ejercicio de sus responsabilidades.

Pese a que la huelga de inquilinos era una muestra de la capacidad espontánea de los desposeídos para imponer sus aspiraciones, no ocurrió en el vacío. Por el contrario, se basaba en antiguas tradiciones comunitarias de autonomía y estaba arraigada en una red multifacética de relaciones y vínculos derivados de la vecindad y el parentesco. Además, como suele ocurrir con toda huelga de inquilinos, la participación democrática de las bases en los procesos decisorios reforzó la movilización. (Ibidem, 2005: 179).

Y tres, la imbricación de varios dispositivos de autoorganización espontáneos unas veces, articulados otras, como la creación (en 1931) de la Comisión de Defensa Económica

por parte del Sindicato de la Construcción de la CNT cuya labor, en un inicio, se orientó hacia el estudio del coste de la vida de Barcelona y que más tarde se transformó en un lugar clave para la politización de la percepción obrera sobre el consumo. Todos estos dispositivos tenían, además, un fuerte componente antipolicial y de acción directa, ya que sobre todo actuaban frente a los intereses de los grupos de presión comerciales (como la Unión General de Vendedores de Mercados que estaban en contra de la venta ambulante) y los grupos inmobiliarios que rechazaban las ocupaciones ilegales de viviendas (como la COPUB, principal asociación de caseros de Barcelona).

#### **IV. #flashbackdos**

Madrid. Transición política. Años 1974-1977. La ciudad hierve. Huelgas generales en el “cinturón rojo”<sup>6</sup> protagonizadas por un movimiento sindical, las Comisiones Obreras sobre todo, que ha sabido dinamitar desde dentro las caducas estructuras del sindicalismo vertical franquista y acumula capacidad suficiente para disputar el gobierno de la fábrica a sus propietarios (Redero San Román, 2008). Pero todavía hay más. Movilizaciones estudiantiles, represión policial, activación de las fuerzas antifranquistas (especialmente del Partido Comunista), divisiones internas en el régimen, atentados terroristas, inquietud en el ejército, una iglesia de base que rompe con la jerarquía eclesiástica tan afín a la “cruzada”, el asentamiento de una incipiente contracultura juvenil... La ciudad ha ido creciendo desde finales de los años cincuenta de manera desproporcionada y especulativa. Es la emigración del campo. Es la llegada en aluvión de nuevos contingentes demográficos. Los planeamientos se quedan obsoletos, la extensión del chabolismo se dispara y con ella las diferentes intenciones de construcción de nuevas viviendas en altura. Los barrios crecen, pero en pésimas condiciones. No hay servicios públicos de sanidad y educación, no alcanza el transporte público, apenas existe pavimentación en las calles. Todo se edifica a golpe de pelletazo urbanístico, de corrupción y de clientelismo político. Se trata de un gigantesco proceso de acumulación de capital en manos de algunas familias comprometidas con el franquismo. “No debe extrañar, por lo tanto, que en 1974 hubiese en Madrid más de 45.000 chabolas, 68.000 familias realquiladas y que el 53 % de la población careciera de una vivienda con las condiciones mínimas de habitabilidad. Todavía en diciembre de 1975, 118.000 personas no contaban con agua potable y sólo 1.300.000 depuraban sus vertidos.” (Observatorio Metropolitano, 2007: 356). Tras el durísimo periodo de autarquía, represión interior y aislamiento internacional, y con motivo, primero, de la puesta en marcha del desarrollismo opusdeísta del Plan de Estabilización (1959) y la promulgación de la Ley de Asociaciones de 1964, se ha ido consolidando en las periferias de las grandes ciudades españolas un potente movimiento vecinal que socava la legitimidad autoritaria del propio régimen desde su base y permite una “cierta rearticulación cívica” (Martín García, 2013). Nos encontramos ante una dualidad característica del proceso de transición política español que Pamela Beth Radcliff (2011) advierte con acierto: un itinerario de democratización “desde abajo” impulsado, entre otros actores, por este movimiento vecinal, orientado a la politización de la calle y el derecho a la ciudad, al mismo tiempo que un pacto “por arriba” impulsado por las élites políticas y económicas del país (incluidas las progresistas) dirigido al apaciguamiento ciudadano y a la integración de amplias capas de la sociedad por medio

---

6 Municipios de la corona sur metropolitana (Getafe, Leganés, Fuenlabrada, Alcorcón, Móstoles) y el corredor del Henares (Alcalá, Coslada, Torrejón, etc.).

del consumo y la extensión de las lógicas capitalistas. No obstante, detengamos la cámara un instante en este movimiento.

La fuerte movilización social que tuvo lugar en este periodo, trajo como resultado el reconocimiento del movimiento vecinal como interlocutor en los procesos urbanos, lo que permitió la abertura de procesos de negociación con los ayuntamientos tardofranquistas y la alianza con colectivos profesionales (arquitectos, urbanistas, abogados y geógrafos) especialmente durante el periodo 1976-1979, que culminarían en los consensos urbanos alcanzados en la primera legislatura de los ayuntamientos democráticos (1979-1983) cristalizando en el diseño y aprobación de los Planes Especiales de Reforma Urbana (PERI) de Barcelona y los planes de remodelación de barrios en Madrid. (Bonet i Martí, 2012: 17)

Dos prácticas se condensan en su acción barrial. El “ejercicio directo de democracia por parte de las clases subalternas” y la “generación de formas de cultura comunitaria”, una renovada cultura obrera (Martínez i Muntada, 2008). En esta segunda senda y bajo su impulso se desarrollan asambleas de barrio, charlas y conferencias, clubs de iniciativas, club juveniles, redes cívico-culturales, grupos deportivos, librerías asociativas, cine-clubs, salas de “arte y ensayo”, grupos teatrales, alianza con los “curas obreros” que abren las parroquias para realizar reuniones clandestinas y ofrecer cobertura legal a las acciones vecinales y de oposición antifranquista, movimientos de renovación pedagógica, asociaciones de padres y madres (APA), cooperativas de consumo, de viviendas y de producción, casas de barrio, movilizaciones para la mejora de los servicios públicos, exigencias dotacionales y de democratización de las instituciones municipales, fiestas autogestionarias de los barrios, construcción de espacios para ejercer el derecho de reunión, etcétera. Un sinfín de iniciativas que todavía hoy tienen una huella indeleble en algunos puntos de la ciudad. “La respuesta de los vecinos a las penurias derivadas de la segregación socioespacial sufrida por las barriadas obreras fue la creación de redes informales sustentadas sobre vínculos migratorios, de parentesco, paisanaje y vecindad [...] una especie de economía política de la reciprocidad” (Martín García, 2013). Este conjunto de prácticas irán configurando una experiencia compartida y unas formas de conciencia que más tarde serán debilitadas con el asentamiento de la democracia y la institucionalización de muchas de estas asociaciones de vecinos.

En la España de los años 60 y 70 se crearon espacios de encuentro, redes relacionales y procesos de auto-organización colectiva que constituyeron las bases de una nueva ciudadanía democrática. En este período se fue construyendo desde abajo una “polis paralela”, en cuyo devenir diario muchos españoles comenzaron —aún con miedo y contradicciones— a explorar nuevas ideas, valores y hábitos de participación ciudadana incompatibles con las pautas socio-culturales impuestas por el franquismo. Aunque poco perceptibles, dichas dinámicas transformaron las relaciones entre determinados grupos sociales y el Estado dictatorial, forjando de esta manera el capital social para el cambio democrático (Idem, 2013)

Lo que vino después de 1977 es de sobra conocido. La cooptación de los principales líderes vecinales por parte de los partidos políticos con motivo de la victoria de las izquierdas (PSOE y PCE) en las primeras elecciones municipales (1979), el amansamiento de la participación ciudadana a través de los Reglamentos de Participación Ciudadana (1983-1987), la progresiva integración de sus cuadros y organizaciones en las lógicas gubernamentales, el uso de las subvenciones como forma de renovado clientelismo de signo democrático, la tentación de la gestión inmobiliaria, el acento en la prestación de servicios, el distanciamiento respecto de las nuevas problemáticas sociales y de la juventud,

el desencanto, la desmovilización... Habrá que esperar a la década de los noventa para observar un tímido “giro comunitario” (Bonet, 2012: 18) en sus prácticas y, sobre todo, a la irrupción del 15M y sus asambleas de barrio como un nuevo motor para redefinir el comunitarismo vecinal.

## **V. #flashbacktres**

España. Años ochenta. Hace meses que los movimientos sociales y fuerzas de la izquierda radical han sido vencidos en el referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN (16 de marzo de 1986). Esta derrota ha supuesto casi la última exhalación de los resistentes adscritos a esa generación que había hecho la Transición y que había apostado por la “ruptura”. Es el inicio de un desencanto y una desafección crecientes tras las promesas fallidas de la administración socialista. La entrada en la Unión Europa implica la reconversión industrial, el dismantelamiento de las fábricas, el debilitamiento de un mundo obrero de corte fordista que se hace pedazos en cuestión de unos años. Son tiempos de reforma, de extensión de la precariedad laboral (sobre todo entre los jóvenes), de la instalación del desempleo como mecanismo de pavor social, y de la aceptación de la primera agenda neoliberal por parte del gobierno del PSOE. El impacto de la heroína a comienzos de esa década ha hecho estragos en los barrios periféricos. Casi una generación entera de jóvenes de extrarradio se ha quedado por el camino. Son los tiempos del rock urbano, del punk, del heavy. En ese páramo irrumpen dos movimientos disidentes que constituyen un aldabonazo, una especie de primera escuela de formación y subjetividad política, para aquellos crecidos fundamentalmente en democracia, que proceden de unas clases medias emergentes y que no han tenido una trayectoria conectada con la militancia clandestina, obrerista y vecinal de sus padres. Se trata de las movilizaciones estudiantiles de la educación secundaria y la universidad de diciembre de 1986 a marzo 1987, y del Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC). En el primer caso la escasa participación de los estudiantes en el proceso de reforma educativa impulsada por el ministro José Maravall, la imposición de la “selectividad”, el aumento de las tasas de matriculación y la burocratización de las estructuras de representatividad estudiantil empujan a una protesta urbana que muy pronto sorprende por su efervescencia, intensidad, radicalismo y rechazo a las formas institucionales. Se suceden las asambleas en los centros educativos, el desborde de las estructuras de representación estudiantil creadas con la democracia, las manifestaciones espontáneas, las divisiones internas entre las organizaciones estudiantiles impulsoras de la revuelta, la represión policial, los conatos de violencia... Toda una expresión de frustración juvenil ante un mundo que apenas ofrecía alternativas de futuro.

El movimiento, que cogió desprevenido tanto al Estado como a los grupos políticos, pudo ir avanzando sin que nadie consiguiera canalizarlo, por lo menos hasta el punto de parlamentarizarse y caminar dócilmente por cauces tranquilos, y así pudo expresar su cólera sin demasiadas trabas. Al tener los medios de comunicación completamente en contra, ha profundizado más en sí mismo, se ha radicalizado, se ha vuelto más subversivo, y ello precisamente en el momento de la negociación, es decir, en la hora de las vedetes. El movimiento, en lugar de diluirse entre la negociación conciliadora y el espectáculo liderista, mostró su interés antagónico con el Estado. Los estudiantes no estuvieron pendientes de la prensa o la televisión más que para detectar sus cámaras o fotógrafos y sacudirles un botellazo. Los medios de comunicación se limitaban a reproducir las noticias oficiales y oficiosas provenientes todas de informes de la policía o de líderes “portavoces” del

movimiento. De esta forma terminaron por dar al movimiento la imagen de un conflicto de orden, como en tiempos franquistas. Y, efectivamente, se trataba de una lucha contra el orden establecido, que los jóvenes consideran absurdo y frustrante. (Colectivo maldejojo, 2001: 147)

Estas movilizaciones estudiantiles así como el impacto de las luchas contra el servicio militar obligatorio (la objeción de conciencia y la insumisión) van a constituir un campo de experimentación y subjetivación política en la ciudad para muchos que, en adelante, se sumarán al movimiento de autonomía y okupación (a través de los denominados Centros Sociales Okupados Autogestionarios) cuyo desarrollo más importante tendrá lugar en la década de los noventa y del dos mil. Aunque el período que va de 1986 a 1994, es conocido como la “travesía del desierto” de los movimientos sociales (Calle, 2005), estas iniciativas de “emancipación familiar, socialización, creatividad contracultural y expresión política alternativa a los cauces institucionales” (Martínez López, 2004: 61) fueron generando un semillero de alternativas de vida urbana que ponían el acento en la denuncia sobre los procesos especulativos en las áreas metropolitanas (los boom inmobiliarios de los años ochenta y noventa), cuyas principales características podemos codificarlas del siguiente modo: procesos de reestructuración urbana cuya prioridad se planteó en términos de privatización, securitización y motorización del espacio público, especialización de los centros urbanos en funciones de gestión, comercialización y turistización, gentrificación, segregación espacial y diferenciación social entre distritos. Esto da lugar a la conformación de “barrios vulnerables o marginados” (Idem, 2004: 67) ubicados en centros históricos, parcelaciones periféricas y promociones de vivienda pública con altos niveles de desempleo, donde arraigarán especialmente estas experiencias de okupación y autogestión. Por esta razón, tales prácticas han sido catalogadas como “intervenciones urbanas” y/o “crono(eu)topías” (ibídem, 2004: 69), dentro de las cuales se desarrollarán todo un conjunto de nuevas sociabilidades cuya centralidad será articulada en torno a la autogestión doméstica, el asamblearismo, la radicalidad comunitaria, el rechazo a la división público-privado, la apropiación espacial colectiva y la exploración creativa. No obstante, en su seno podemos encontrar también una gran diversidad de repertorios de acción colectiva que guardan una estrecha relación con los diferentes contextos locales donde se produjeron (no es lo mismo el movimiento okupa en Madrid que en Barcelona ni que en el País Vasco).

Desde 1994 a principios del 2000, se da fin a esa «travesía del desierto» y nos encontramos ante el rearme de un nuevo ciclo de movilización (Pont Vidal, 2004), el recambio generacional en el activismo político y el inicio de movimientos sociales españoles conectados con una dimensión global. Ahí estarían la campaña *Las Otras Voces del Planeta* contra la cumbre del Banco Mundial de 1994 en Madrid, las Acampadas del 0,7, las Euromarchas, el Movimiento Anti-Maastricht, el nacimiento de organizaciones como la RCADE (Red Ciudadana por la Abolición de la Deuda Externa), el impacto del levantamiento zapatista y del Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, o iniciativas de acción coordinada entre el movimiento obrero alternativo (distanciado ya de la lógica pactista de CCOO y UGT) y sectores de la autonomía social madrileña como “Rompe el silencio”. Querría resaltar esta última experiencia porque, desde la perspectiva que estamos adoptando, algunas de las prácticas disruptivas que el 15M ha generado presentan un antecedente claro en aquel modelo de praxis callejera inaugurado entonces.

Una vez al año, numerosos colectivos (ONGs, redes contra la exclusión social, centros sociales, espacios cristianos de base) confluían para construir una semana de protestas. Cada día giraba en torno a una problemática particular (paro, inmigración, mujer,

etc.), de manera similar a como se plantearon las marchas contra el paro. Aquí, las acciones directas y muy simbólicas cobraban especial relevancia, como las ocupaciones de edificios emblemáticos para quienes alzan su voz frente a multinacionales y capital financiero (Bolsa, bancos, empresas de trabajo temporal, grandes centros comerciales). Todo en un tono lúdico y festivo [...] Y todo también apuntado a una meta-identidad que permite albergar en su seno una multitud de referencias, sin explicitar además sigla alguna, como podemos leer en un panfleto: "somos pres@s, niñ@s, okupas, inmigrantes, prostitutas, parad@s/precari@s, jóvenes de los barrios, insumisos,... Somos tod@s aquell@s que tengan algo que gritar y quieran hacerlo junto a otr@s". (Calle, 2005: 119-120)

Y en 2001 arrancan las manifestaciones contra la guerra de Irak... y se inaugura un nuevo período movilizador (diez años) que constituye el antecedente directo del 15M, con la génesis de una socialización política diferenciada que advierte ya de la revolución "rizomática", en palabras de Manuel Castells (2012), que está por llegar. Pero esa es otra historia y otro cortometraje por hacer.

## Bibliografía

AMIN, Samir y HOUTART, François (2003). *Globalización de las resistencias. El estado de las luchas en 2003*. Barcelona: Icaria.

BECKER, Howard (2009). *Trucos del oficio: cómo conducir su investigación en Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.

BETH RADCLIFF, Pamela (2011). *Making Democratic Citizens in Spain. Civil Society and the Popular Origins of the Transition, 1960-1978*. New York: Palgrave Macmillan.

BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loïc (2010). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Madrid: Siglo XXI de España.

CALLE, Ángel (2005). *Nuevos Movimientos Globales. Hacia la radicalidad democrática*. Madrid: Editorial Popular.

CASTELLS, Manuel (2012). *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de internet*. Madrid: Alianza Editorial.

COLECTIVO MALDEOJO, Literatura Gris y Traficantes de Sueños (2001). *Estudiantes, antiestudiantes, policía, prensa y poder*. Madrid: Traficantes de Sueños.

CRUELLES, Marta e IBARRA, Pedro (eds.) (2013). *La democracia del futuro. Del 15M a la emergencia de una sociedad civil viva*. Barcelona: Icaria.

DELLA PORTA, Donatella y Diani, Mario (2011). *Los Movimientos Sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Editorial Complutense.

ESTEBAN, Mari Luz (2011). *Crítica al pensamiento amoroso*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.

FERNÁNDEZ DE ROTA IRIMIA, Antón (2008). Movimientos sociales. Una lectura a partir del postestructuralismo, en *Athenea Digital*, núm. 14: 63-81. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona. Tomado del enlace:

FEIXA, Carles y NOFRE, Jordi (2013). *#GeneraciónIndignada. Topías y Utopías del 15M*. Lleida: Editorial Milenio.

FOUCAULT, Michel (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

GONZÁLEZ Echeverría, Aurora (1990). *Etnografía y comparación. La investigación intercultural en antropología*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.

HARVEY, David (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.

JURIS, Jeffrey S. y KHASNABISH, Alex (eds.) (2013). *Insurgent encounters. Transnational Activism, Ethnography, and the Political*. Duke University Press.

LAHIRE, Bernard (2004). *El hombre plural*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.

LARAÑA, Enrique (1999). *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid: Alianza Editorial.

LARAÑA, Enrique y DÍEZ, Rubén (2012). Las raíces del movimiento 15M. Orden social e indignación moral, en *Revista Española del Tercer Sector*, nº20, enero-abril, (pp. 105-144).

LAWRENCE, Jeff (2013). *El papel del movimiento 15M en los orígenes de Occupy Wall Street*. Tomado de enlace: [http://www.eldiario.es/interferencias/15M-Occupy\\_Wall\\_Street\\_6\\_132346774.html](http://www.eldiario.es/interferencias/15M-Occupy_Wall_Street_6_132346774.html) (Consultado en 24 de junio de 2013).

LEFEBVRE, Henri (1972). *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial.

MARTÍN GARCÍA Óscar J. (2013). "La polis paralela. Espacios de participación política en el franquismo final", en Jorge Marco, Carlos Fuertes, Claudio Hernández y Miguel Ángel del Arco (eds.), *No sólo miedo. Las actitudes políticas de los españoles bajo la dictadura franquista (1939-1975)*. Granada: Comares. En prensa.

MARTÍNEZ i MUNTADA, Ricard (2008). "El movimiento vecinal en el tardofranquismo. Acción colectiva y cultura obrera. Propuestas y problemas de interpretación", en Encarna Nicolás y Carmen González (eds.). *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia CONTEMPORÁNEA DE HOY*. Murcia: Asociación de Historia Contemporánea. (Sin paginar porque es el CD con las comunicaciones del congreso).

MARTÍNEZ López, Miguel (2004). "Del urbanismo a la autogestión: una historia posible del movimiento de okupación en España", en Adell Argiléz, Ramón y Martínez López, Miguel

(coords.), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: Libros de la Catarata.

MARTÍNEZ, Guillem. (2011) ¿La cultura de la transición (CT) se muere?, en *El País*. 11 de Junio.

MCADAM, Doug (2001). Cultura y movimientos sociales, en Laraña, E. y Gusfield, J., *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, (pp. 43-67). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

MINTZ, Frank (2008). *Autogestión y anarcosindicalismo en la España revolucionaria*. Buenos Aires: Libros de Anarres.

MORENO-CABALLUD, Luis (2013). Desbordamientos culturales en torno al 15M, en *Revista Teknokultura*, Vol. 10 Núm. 1: 101-130. Tomado del enlace: <http://teknokultura.net> (consultado en 25 de junio de 2013).

NASH, June (ed.) (2005). *Social Movements. An anthropological reader*. Oxford: Blackwell Publishing.

NAVARRO Navarro, Javier (2010). "Los educadores del pueblo y la «revolución interior». La cultura anarquista en España", en Casanova, Julián (coord.), *Tierra y libertad. Cien años de anarquismo en España*. Barcelona: Crítica.

OBSERVATORIO METROPOLITANO (2007). *Madrid: ¿la suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad*. Madrid: Traficantes de Sueños.

OVEJERO Lucas, Félix (2013). *¿Idiotas o ciudadanos? El 15M y la teoría de la democracia*. Madrid: Montesinos.

PASSERON, Jean-Claude (2011). *El razonamiento sociológico. El espacio comparativo de las pruebas históricas*. Madrid: Siglo XXI de España.

PAZOS GARCIANDÍA, Álvaro (2005). El Otro como sí-mismo. Observaciones antropológicas sobre las tecnologías de la subjetividad, en *Revista de Antropología Iberoamericana*, Ed. Electrónica. Núm. Especial. Noviembre-Diciembre 2005. Madrid: AIBR.

PONT Vidal, Josep (2004). *La ciudadanía se moviliza. Los movimientos sociales y la globalización en España*. Barcelona: Flor del Viento Ediciones.

ROITMAN Rosenmann, Marcos (2012). *Los indignados. El rescate de la política*. Madrid: Akal.

TARROW, Sidney (2012). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.

THOMPSON, E.P. (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing.

TRILLA, Jaume (coord.) (2011). *Jóvenes y espacio público. Del estigma a la indignación*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

WEBER, Max (2009). *La "objetividad" del conocimiento en la ciencia social y en la política social*. Madrid: Alianza Editorial.

WILLIAMS, Raymond (2000). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península.